

CAPÍTULO XXXII

Medios que han empleado algunos para hacer imposible la paz.

Rebeláronse contra los romanos Circea y Velitra, dos de sus colonias, esperando que las defendieran los latinos. Vencidos éstos, desapareció esta esperanza, y muchos ciudadanos de las citadas colonias aconsejaron enviar embajadores á Roma para implorar la clemencia del Senado.

Los autores de la rebelión, temerosos de que cualquier castigo impuesto por los romanos sería contra ellos, impidieron tomar este acuerdo, y para que fuera imposible cualquier negociación de paz, excitaron á la multitud á armarse y á hacer correrías por las posesiones de Roma.

En efecto; cuando alguno quiere quitar á un pueblo ó á un príncipe el deseo de un convenio, el medio más eficaz y duradero consiste en hacerle cometer una gran maldad contra aquel con quien no se quiere que trate, porque el temor del castigo que crea merecer por el crimen cometido, le tendrá siempre alejado de él.

Después de la primera guerra que los cartagineses tuvieron con los romanos, los soldados de Cartago, destinados durante ella á la defensa de Sicilia y de Cerdeña, hecha la paz, volvieron á África donde, no satisfechos de su paga, empuñaron las armas contra los cartagineses, nombrando dos jefes, Mato y Spendio, apoderándose de muchas poblaciones de esta república y saqueando otras. Deseosos los cartagineses de emplear todos los recursos antes que el de las armas, en-

viaron á su conciudadano Asdrúbal, que había sido anteriormente general de aquellas tropas, creyendo que aun le obedecerían; pero cuando llegó, para quitar Mato y Spendio á los soldados toda esperanza de reconciliación con Cartago y obligarles así á la guerra, les persuadieron de que lo mejor era asesinar á Asdrúbal y á todos los ciudadanos cartagineses que tenían prisioneros, y, en efecto, les mataron, sometiéndoles antes á horribles suplicios, y añadiendo á esta maldad una proclama en la que amenazaban hacer lo mismo con todos los cartagineses que en adelante cogieran. Esta determinación, puntualmente ejecutada, hizo tan cruel y tenaz la guerra de aquellos rebeldes contra Cartago.

CAPÍTULO XXXIII

Para ganar una batalla se necesita la confianza de las tropas, ó en sí mismas ó en su general.

Si se quiere que un ejército sea victorioso, es necesario inspirarle tal confianza que se crea seguro de vencer, suceda lo que suceda. Le hace confiar en su fuerza el estar bien armado y disciplinado y el conocerse los soldados unos á otros, para todo lo cual es preciso que vivan y se adiestren juntos.

Conviene también que el general merezca la confianza de los soldados por su prudencia y habilidad, y confiarán seguramente en él si de ordinario le ven solícito y valeroso desempeñando su elevado cargo con la dignidad que le corresponde, como sucederá si castiga las faltas, no fatiga innecesariamente á los soldados, cumple sus promesas, muestra fácil el camino de la victoria

y oculta ó atenúa lo que puede infundir temor. Observados bien estos preceptos, el ejército tendrá confianza, y, confiando, vencerá.

Acostumbraban los romanos á valerse de la religión para inspirar esta confianza, y de aquí que consultaran á los augures y los auspicios para nombrar cónsules, para formar ejércitos, para sacarlos á campaña y antes de dar las batallas. Un general hábil y prudente no empeñaba una acción sin estas consultas previas, juzgando que la podría perder fácilmente si los soldados no sabían de antemano que los dioses les eran favorables. Un cónsul ó un general que se atreviera á combatir teniendo los auspicios desfavorables, hubiese sido castigado, como lo fué Claudio Pucher.

Aunque esta costumbre se mencione con frecuencia en la historia romana, pruébanla de una manera indudable las palabras que Tito Livio pone en boca de Apio Claudio, quien, quejándose al pueblo de la insolencia de los tribunos de la plebe, y mostrando que, mediante ellos, los auspicios y otras cosas pertenecientes á la religión se desprestigiaban, dice: *Eludant nunc licet religionem. Quid enim interest, si pulli non pascentur, si ex cavea tardius exierint, si occinuerit avis? Parva sunt hæc; sed parva ista non contemnendo, majores nostri maximam hanc Rempublicam fecerunt* (1). En efecto; estas pequeñas cosas son las que mantienen unidos é inspiran á los soldados la confianza, que es causa principal de la victoria. Conviene, sin embargo, que á tales cosas acompañe el valor, porque sin él, nada valen.

Los prenestinos enviaron su ejército contra los ro-

(1) Dejen de observar, si lo creen licito, las prácticas religiosas. ¿Qué les interesa si las gallinas no comen, si salen despacio de sus jaulas, si las aves cantan siniestramente? Cosas pequeñas son estas; pero no desdeñándolas nuestros mayores, engrandecieron la república romana.

manos, situándolo junto al río Allia, en el sitio donde aquéllos habían sido derrotados por los galos, eligiéndolo para inspirar confianza á sus soldados y temor á los de Roma, por el recuerdo del descalabro. Aunque su esperanza era fundada, por las razones ya dichas, el resultado de la batalla demostró que el verdadero valor no teme tan débiles obstáculos. Bien lo expresa Tito Livio al poner en boca del dictador las siguientes palabras, dirigidas al general de su caballería: *Vides tu, fortuna illos fretos ad Alliam consedissee; at tu, fretus armis animisque, invade mediam aciem* (1).

El verdadero valor, la excelente disciplina y la confianza que inspiran repetidas victorias, no las anulan cosas de tan poca monta; ni una preocupación vana les amedrenta, ni un ligero desorden les perjudica, como se vió cuando, estando en campaña los dos cónsules llamados Manlio contra los volsgós, enviaron imprudentemente parte de sus tropas á devastar tierras de los enemigos, y los que marcharon y los que en el campamento quedaron fueron á la vez acometidos por los volsgos, de cuyo peligro no libró á los romanos la prudencia de los cónsules, sino el valor de los soldados, como lo dice Tito Livio con estas palabras: *Militum, etiam sine rectore, stabilis virtus tutata est* (2).

No dejaré de mencionar un recurso empleado por Fabio cuando por primera vez invadió con su ejército la Etruria, para que éste confiara en el buen éxito de la empresa, considerando que esta confianza era más necesaria entonces por haberlo conducido á tierras desconocidas y contra un enemigo nuevo. Arengaba á sus soldados antes de la batalla, y después de manifestar

(1) Ves; contando ellos con la fortuna acampan sobre el Allia; pero fiado tu en tus armas y tu valor, penetra entre sus huestes.

(2) El ejército sin jefe se salvó por su inquebrantable valor.

los motivos por que debían ser vencedores, añadió que podría darles otras razones en testimonio de segura victoria, si no fuera peligroso decírlas. Este recurso, empleado entonces hábilmente, merece ser imitado.

CAPÍTULO XXXIV

De cómo la fama, la voz pública, la opinión conquistan á un ciudadano el favor popular, y de si los pueblos eligen con mayor prudencia que los príncipes las personas que han de desempeñar los cargos públicos.

Ya hemos dicho que Tito Manlio, llamado después Torcuato, salvó á su padre Lucio Manlio de una acusación dirigida contra él por Marco Pomponio, tribuno de la plebe, y aunque en el modo de salvarle hubo algo violento y extraordinario, su piedad filial fué, sin embargo, tan grata al pueblo, que no solamente no se le reprendió, sino que, debiendo ser nombrados por entonces los tribunos militares, el segundo elegido fué Tito Manlio.

Este suceso motiva, en mi opinión, que tratemos del modo que tiene el pueblo de escoger á los hombres para el desempeño de los cargos públicos, y si es ó no cierto lo que afirmamos anteriormente, de que los pueblos los escogen mejor que los príncipes. Fian aquéllos, para conceder cargos, en lo que se dice de los candidatos por pública voz y fama, cuando no los conocen por sus obras, ó por las presunciones ú opinión que de ellos se tiene. Ambas cosas dependen, ó de la fama adquirida por sus padres á causa de eminentes servicios, creyéndose que sus hijos sean iguales á ellos, mientras sus actos no demuestren lo contrario, ó de la conducta que observan.

La mejor para alcanzar la estimación pública consiste en vivir en intimidad con personas respetables, de buenas costumbres y bien reputadas por su saber y prudencia, porque el mejor indicio para juzgar del mérito de un hombre es el de las personas de su amistad y compañía; si éstas son honradas, adquieren merecidamente buena reputación, porque es imposible que no tengan analogía con ellas. También se adquiere buena fama por algún acto extraordinario y notable, aunque sea de índole privada, cuando honra á quien lo ejecuta.

De estas tres cosas que pueden producir excelente reputación, la que la da mayor es la última, porque la del parentesco es engañosa, no causa gran impresión en los hombres, y pasa pronto si no la sostienen las cualidades personales de aquel á quien debe favorecer. La segunda, la que te acredita por tus relaciones y amistades, es mejor que la primera, pero inferior á la tercera, porque mientras no se ven actos tuyos, tu mérito sólo se juzga por conjeturas que fácilmente desaparecen. Pero la reputación que nace y se funda en actos tuyos, te da desde el principio tan buen nombre, que sólo pueden destruirlo otros muchos actos tuyos posteriores y evidentemente opuestos á los primeros. Los que nacen en una república deben tomar esta vía é ingeniarse para realizar obras extraordinarias que ilustren su nombre.

Así lo practicaron muchos jóvenes en Roma, ó proponiendo una ley de pública utilidad ó censurando á algún poderoso ciudadano por cometer ilegalidades, ó con otros actos notables que hicieran hablar de ellos. No sólo son precisos hechos de esta clase para darse á conocer ventajosamente, sino indispensables para conservar la fama adquirida y aumentarla, repitiéndolos, como lo hizo Tito Manlio durante toda su vida; porque

los motivos por que debían ser vencedores, añadió que podría darles otras razones en testimonio de segura victoria, si no fuera peligroso decírlas. Este recurso, empleado entonces hábilmente, merece ser imitado.

CAPÍTULO XXXIV

De cómo la fama, la voz pública, la opinión conquistan á un ciudadano el favor popular, y de si los pueblos eligen con mayor prudencia que los príncipes las personas que han de desempeñar los cargos públicos.

Ya hemos dicho que Tito Manlio, llamado después Torcuato, salvó á su padre Lucio Manlio de una acusación dirigida contra él por Marco Pomponio, tribuno de la plebe, y aunque en el modo de salvarle hubo algo violento y extraordinario, su piedad filial fué, sin embargo, tan grata al pueblo, que no solamente no se le reprendió, sino que, debiendo ser nombrados por entonces los tribunos militares, el segundo elegido fué Tito Manlio.

Este suceso motiva, en mi opinión, que tratemos del modo que tiene el pueblo de escoger á los hombres para el desempeño de los cargos públicos, y si es ó no cierto lo que afirmamos anteriormente, de que los pueblos los escogen mejor que los príncipes. Fian aquéllos, para conceder cargos, en lo que se dice de los candidatos por pública voz y fama, cuando no los conocen por sus obras, ó por las presunciones ú opinión que de ellos se tiene. Ambas cosas dependen, ó de la fama adquirida por sus padres á causa de eminentes servicios, creyéndose que sus hijos sean iguales á ellos, mientras sus actos no demuestren lo contrario, ó de la conducta que observan.

La mejor para alcanzar la estimación pública consiste en vivir en intimidad con personas respetables, de buenas costumbres y bien reputadas por su saber y prudencia, porque el mejor indicio para juzgar del mérito de un hombre es el de las personas de su amistad y compañía; si éstas son honradas, adquieren merecidamente buena reputación, porque es imposible que no tengan analogía con ellas. También se adquiere buena fama por algún acto extraordinario y notable, aunque sea de índole privada, cuando honra á quien lo ejecuta.

De estas tres cosas que pueden producir excelente reputación, la que la da mayor es la última, porque la del parentesco es engañosa, no causa gran impresión en los hombres, y pasa pronto si no la sostienen las cualidades personales de aquel á quien debe favorecer. La segunda, la que te acredita por tus relaciones y amistades, es mejor que la primera, pero inferior á la tercera, porque mientras no se ven actos tuyos, tu mérito sólo se juzga por conjeturas que fácilmente desaparecen. Pero la reputación que nace y se funda en actos tuyos, te da desde el principio tan buen nombre, que sólo pueden destruirlo otros muchos actos tuyos posteriores y evidentemente opuestos á los primeros. Los que nacen en una república deben tomar esta vía é ingeniarse para realizar obras extraordinarias que ilustren su nombre.

Así lo practicaron muchos jóvenes en Roma, ó proponiendo una ley de pública utilidad ó censurando á algún poderoso ciudadano por cometer ilegalidades, ó con otros actos notables que hicieran hablar de ellos. No sólo son precisos hechos de esta clase para darse á conocer ventajosamente, sino indispensables para conservar la fama adquirida y aumentarla, repitiéndolos, como lo hizo Tito Manlio durante toda su vida; porque

después de defender á su padre por modo tan animoso y extraordinario y adquirida de esta suerte su primera reputación, algunos años después combatió y mató al galo, apoderándose del collar de oro que llevaba, y que le valió el sobrenombre de Torquato. Además de esto, ya en la edad madura hizo matar á su hijo por haber combatido sin orden suya, aunque venció al enemigo. Estos tres actos han perpetuado su nombre al través de los siglos, haciéndole más célebre que por todas sus victorias y triunfos, en los que no le supera ningún otro romano, porque si tuvo muchos semejantes á él en hazañas militares, muy pocos ó ninguno le igualaron en sus actos privados.

A el gran Scipión no le dieron tanta gloria todos sus triunfos como el haber defendido, siendo casi un niño, la vida de su padre junto al Tesino, y el hacer jurar valerosamente, espada en mano, á muchos jóvenes romanos, después de la derrota de Canas, que no abandonarían á Italia, como pensaban hacerlo. Ambas acciones fueron principio de su fama y de los laureles que después alcanzó en España y África, aumentando su gloria el acto de respetar en España el honor de una joven prisionera, devolviéndola á su padre y marido.

Semejante conducta, no sólo es necesaria á los ciudadanos que desean adquirir fama para obtener honroso puesto en una república, sino también indispensable á los príncipes para mantener su dignidad y conservar su poder. Nada tan á propósito para atraerse la estimación pública, como ejecutar actos ó pronunciar frases notables inspiradas en el bien público, que le hagan aparecer magnánimo ó liberal ó justo, y que se repitan como proverbio entre sus súbditos.

Volviendo á nuestro tema, digo que cuando el pueblo concede por primera vez un cargo á un ciudadano, guiándose por cualquiera de los tres motivos citados,

es acertada su elección; y lo es aun mayor si el elegido se ha dado ya á conocer por repetidos actos meritorios, porque entonces casi nunca se equivoca. Me refiero á los que obtienen cargos por primera vez, antes de que haya experiencia por repetidas pruebas de su capacidad para desempeñarlos, ó pasan del ejercicio de uno al de otro desemejante. En estos casos la influencia de la falsa opinión y de la corrupción es menos de temer en los pueblos que en los príncipes.

Y como pudiera suceder que los pueblos se engañaran respecto de la fama, reputación ó acciones de un hombre, estimándole más meritorio que lo sea en realidad (cosa que no sucederá á un príncipe, porque se lo advertirán y le desengañarán sus consejeros), los fundadores de repúblicas bien organizadas han determinado, para que tampoco falten á los pueblos consejeros respecto á la elección de los que hayan de desempeñar los cargos más importantes, por el peligro de entregarlos á personas incapaces, que cuando se vea al pueblo inclinado á hacer una mala elección, sea lícito y hasta honroso á cualquier ciudadano dar á conocer en públicos discursos los defectos del candidato, para que sabiéndolos el pueblo, pueda elegir mejor.

De que tal costumbre existía en Roma es testimonio el discurso de Fabio Máximo al pueblo cuando la segunda guerra púnica, porque en la elección de cónsules la opinión popular se inclinaba á elegir á Tito Octacilio. Juzgándole Fabio incompetente para desempeñar en aquel tiempo el consulado, habló en contra de su nombramiento, mostrando su insuficiencia y consiguiendo que el pueblo votara á quien merecía el cargo mejor que Octacilio.

Estiman, pues, los pueblos para la elección de sus magistrados, los testimonios más verídicos que existen de la capacidad de los hombres. Cuando pueden ser

aconsejados, como lo son los principes, cometen menos errores que éstos; y los ciudadanos que aspiren á la popularidad, deben ganársela con algún hecho notable, como la ganó Tito Manlio.

CAPÍTULO XXXV

Peligros á que se expone quien aconseja una empresa, los cuales son mayores cuanto ésta es más extraordinaria.

Larga y ardua materia sería explicar los peligros que corre el jefe de una empresa nueva que interesa á muchos y las dificultades de dirigirla, realizarla y mantenerla en sus efectos. Dejándola para sitio más oportuno, hablaré únicamente del riesgo á que se exponen los ciudadanos que aconsejan á un príncipe una determinación grave é importante, de suerte que toda la responsabilidad de la misma se atribuya á quien da el consejo; porque juzgando los hombres las cosas por sus efectos, todo el mal que resulta impútase al autor del consejo, como si el éxito es bueno se le elogia; pero el premio no es ni con mucho equivalente al daño.

El actual sultán Selim, llamado Gran Turco, preparábase (según dicen algunos que vienen de sus Estados) á invadir Siria y Egipto, cuando uno de sus bajaes que estaba en los confines de Persia le aconsejó que se dirigiera contra este imperio, y, siguiendo el consejo, acometió con numeroso ejército la empresa. Llegó á aquellas inmensas comarcas donde hay muchos desiertos y escasea muchísimo el agua, y tropezó con los mismos inconvenientes que habían causado la ruina de tantos ejércitos romanos, perdiendo gran parte del

suyo, aunque vencedor siempre, á causa del hambre y de la peste. Indignado Selim contra el autor del consejo, le mató.

Muchos ejemplos trae la historia de ciudadanos que fueron al destierro por haber aconsejado una empresa y tener ésta mal éxito.

Propusieron algunos romanos que se nombrara un cónsul plebeyo; el primer elegido salió al frente del ejército y fué derrotado, y no sufrieron daño los autores de la propuesta porque formaban un partido numeroso y fuerte. Indudablemente los consejeros de una república ó de un príncipe están en la dura alternativa de no aconsejar lo que juzgan útil á la república ó al príncipe, en cuyo caso faltan á su deber, ó aconsejarlo á riesgo de su vida y de la suerte del Estado, porque en este punto todos los hombres son ciegos y juzgan de la bondad ó malicia de los consejos por los resultados.

Reflexionando acerca del modo de evitar esta deslealtad ó este peligro, no veo otro camino que el de proceder con moderación, no hacer empresa alguna cuestión de amor propio y decir la opinión y defenderla sin apasionamiento; de suerte que si el príncipe la sigue sea por su exclusiva voluntad y no parezca obligado por importunas instancias. Obrando así, no será probable que el príncipe ó el pueblo lleven á mal un consejo que no es aceptado contra la voluntad del mayor número. Éste resulta peligroso cuando son muchos los que lo contradicen, y, por tanto, si da mal resultado, los que contribuyen á la perdición del consejero. Quien obre como digo, no adquiere la gloria que corresponde al que solo, contra muchos, aconseja cosa que resulte bien; pero en cambio goza de dos ventajas: una, librarse del peligro; otra, que si aconsejas modestamente alguna cosa y por la oposición de tus contradictores el consejo no es seguido, aceptándose el de otro.

si de ello resulta alguna catástrofe, tu reputación aumentará considerablemente; y aunque la gloria adquirida á causa de las desgracias de tu república ó tu príncipe no sea envidiable, debe tenerse, sin embargo, en cuenta.

Creo que en este punto no cabe mejor determinación que la indicada, porque la de callarse, no manifestando nunca la opinión, equivale á ser inútil á la república ó al príncipe, sin evitar el peligro, porque el silencio inspira en los demás sospechas y pudiera suceder al silencioso lo que al amigo del rey de Macedonia, Perseo. Derrotado éste por Paulo Emilio, huía acompañado de algunos amigos; y hablando de lo que les acababa de pasar, uno de éstos manifestó á Perseo las muchas faltas que había cometido, causando su ruina. Volvióse á él Perseo, y le dijo: «¡Traidor, has esperado á decírmelo cuando no podía remediarlas!» Y seguidamente con sus propias manos le mató. Así sufrió el castigo de haber callado cuando debía hablar, y de haber hablado cuando debió callar, no evitando el peligro con omitir el consejo. Creo, pues, que se debe observar la conducta que he propuesto.

CAPÍTULO XXXVI

Motivos por que se dijo de los galos y se dice de los franceses que son más que hombres al comenzar la batalla, y menos que mujeres al terminarla.

La audacia de aquel galo que á orillas del río Anio desafiaba á cualquier romano para combatir personalmente y la lucha que tuvo con Tito Manlio, me recuerda lo dicho por Tito Livio muchas veces de que los

galos eran al empezar la batalla más que hombres, y durante el combate llegaban á ser menos que mujeres.

Investigando la causa de ello, suponen muchos que consista en su temperamento. Opino lo mismo; pero creo también que esta disposición natural á empezar la lucha con tanto valor, podría mantenerse con la organización y disciplina hasta el término del combate.

Para probarlo, distinguiré tres clases de ejércitos: unos que tienen valor y disciplina, porque la disciplina mantiene el verdadero valor, como sucedía en los ejércitos romanos. La historia refiere muchas veces la buena organización de los ejércitos de Roma y la disciplina á que estaban sujetos. En un ejército bien organizado nadie debe hacer más que lo que está dentro de sus atribuciones, y en el romano, que debe servir de ejemplo á todos los demás, porque venció al mundo entero, ni se comía, ni se dormía, ni se aprovisionaba, ni se hacía ningún acto militar ni civil sin orden del cónsul. Los ejércitos organizados de otro modo no son verdaderos ejércitos, y si alcanzan alguna ventaja, débese á ciega impetuosidad, no á verdadero valor.

Cuando el valor está sujeto á la disciplina, se emplea á propósito y en la forma conveniente, sin que pueda abatirlo ni desalentarlo ningún obstáculo. Con el buen orden renacen las fuerzas y el aliento y la esperanza en el triunfo, que nunca falta mientras aquél se mantiene.

Lo contrario sucede en la segunda clase de ejércitos. En ella domina el furor y no la disciplina, y así eran las tropas de los galos, cuyo ardor desaparecía durante el combate; porque si no alcanzaban la victoria al primer choque, faltándoles la disciplina, que sostiene el valor, y no teniendo cosa alguna que les inspirara confianza, salvo el furor con que empezaban la batalla, cuando se enfriaba el primer ardimiento eran vencidos. No sucedía esto en los ejércitos romanos. Tranqui-

los ante el peligro por su buena organización, sin desconfiar de la victoria, firmes en sus posiciones, con igual valor y tenacidad combatían al principio que al fin de la batalla, y el ardor del combate aumentaba su esfuerzo.

La tercera clase de ejércitos es aquella en que las tropas no tienen valor natural ni disciplina militar, como sucede á los ejércitos italianos de nuestros tiempos, los cuales son completamente inútiles, y sólo vencerán en el caso de que cualquier imprevisto accidente ponga en fuga al enemigo. Sin necesidad de alegar ejemplos, bien á la vista están las diarias pruebas de que carecen de todas las virtudes militares.

Para que con el testimonio de Tito Livio comprenda todo el mundo la diferencia que hay entre un buen ejército y uno malo, copiaré las palabras de Papirio Cursor, cuando quería castigar á Fabio, general de la caballería: *Nemo hominum, nemo Deorum verecundiam habeat; non edicta imperatorum, non auspicia observentur: sine comœatu, vagi milites in pacato, in hostico errent; immemores sacramenti, se ubi velint exauctorent; infrequentia deserant signa; neque convenient ad edictum, nec discernant interdium, nocte; æquo, iniquo, loco jussu, injussu imperatoris pugnent; et non signa, non ordines servent: latrocinii modo, cæcâ et fortuita, pro solemnî et sacrata militia sit* (1).

Con este texto á la vista fácilmente se comprende si

(1) No temer á los hombres ni á los dioses; no observar las órdenes de los generales ni los auspicios; por carecer de provisiones, ir errantes los soldados á tomarlas indistintamente en las comarcas amigas ó enemigas; olvidando los juramentos, faltar á ellos cuando se quiera; la frecuencia en desertar de las banderas, en no acudir á la orden; el pelear sin distinguir el día de la noche; el lugar favorable del desventajoso, con ó sin orden del general; no ser fieles ni á la ordenanza ni á la bandera, constituye una fuerza ciega y confusa semejante á gavilla de ladrones y no á solemne y majestuoso ejército.

la milicia de nuestros días es fuerza ciega y confusa ó sagrada y solemne; lo que le falta para asemejarse á lo que se puede llamar buen ejército, y cuánto dista de ser valerosa y disciplinada como la romana, ó impetuosa como la de los galos.

CAPÍTULO XXXVII

Si es preciso que á una batalla general precedan combates parciales; y, caso de querer evitarlos, qué debe hacerse para conocer las condiciones de un enemigo con quien por primera vez se pelea.

Parece que en las acciones de los hombres, como ya hemos dicho, además de las dificultades naturales cuando se quieren llevar las cosas á la perfección, se encuentra siempre algún mal inmediato al bien, y tan unido á éste, que es imposible obtener el uno sin el otro. Esto se ve en cuanto los hombres hacen, y por ello es difícil conquistar el bien si no ayuda la fortuna, de suerte que con sus fuerzas venza el citado obstáculo natural y ordinario. Me recuerda esta verdad el combate entre Manlio Torcuato y el galo, del cual dice Tito Livio: *Tanti ea dimicatio ad universi belli eventum momenti fuit, ut Gallorum exercitus, relictis trepide castris, in Tiburtem agrum, mox in Campaniam transierit* (1).

Primeramente considero que un buen general debe evitar cuanto sea de escasa importancia y pueda causar mal efecto en su ejército, siendo temerario empeñar un

(1) Tan decisiva fué esta acción para el éxito de la guerra, que el ejército de los galos, abandonando precipitadamente su campamento, se retiró del lado de Tibur, y desde allí á la Campania.

combate donde no se emplee toda la fuerza y se arriesgue toda la fortuna, como ya lo dije al hablar de la guarda de los desfiladeros.

En segundo lugar, creo que un general prudente, cuando va al encuentro de un ejército nuevo y bien reputado, necesita, antes de empeñar una batalla decisiva, provocar algunas escaramuzas para que sus soldados conozcan al enemigo y se acostumbren á combatir, perdiéndole el miedo que su fama les haya inspirado. Este deber es esencial y casi indispensable para un general, pues evidentemente caminará á segura pérdida si no procura por el indicado medio destruir el terror que la fama del enemigo infunda á sus soldados.

Enviaron los romanos á Valerio Corvino al frente del ejército contra los samnitas, con quienes combatían por vez primera, pues anteriormente no habían medido sus armas estos pueblos, y dice Tito Livio que Valerio comenzó por acostumbrar á sus soldados con algunas escaramuzas á combatir á sus nuevos enemigos: *Ne eos novum bellum, ne novus hostis terreret* (1). Se corre, sin embargo, el peligro de que, vencidos los soldados en estas escaramuzas, aumente su temor y abatimiento, siendo el efecto contrario al propósito de quien las provoca con ánimo de alentarlos. Esta es una de las cosas en que lo malo se encuentra tan unido á lo bueno, que es fácil, al buscar el provecho, encontrar el daño.

A este propósito digo que un buen general debe evitar con gran cuidado todo lo que por cualquier accidente desanime á su ejército. Lo que más puede desalentarle es comenzar la campaña con algún fracaso, y por ello las escaramuzas no debe empeñarlas sino con grandísima ventaja y fundada esperanza de victoria, ni pro-

(1) Para que una nueva guerra y un enemigo desconocido no les asustara.

curar la guarda de desfiladeros donde no quepa el desarrollo de todas sus fuerzas, ni defender más fortalezas que aquellas cuya pérdida produciría su ruina, y éstas defenderlas de suerte que, en caso de asedio, pueda socorrerlas con todo su ejército, renunciando á auxiliar las demás plazas fuertes; porque la pérdida de lo que se abandona, cuando el ejército está intacto, ni desprestigia, ni disminuye la esperanza de vencer; pero es un fracaso cuando lo perdido se quería conservar, conociendo todos el empeño en la defensa. Entonces ocurre lo que sucedió á los galos; por un contratiempo de escasa importancia se pierde la campaña.

Filipo de Macedonia, padre de Perseo, que para su tiempo tenía grandes condiciones de militar, al ser atacado por los romanos comprendió que no podía defender gran parte de su territorio, y lo devastó y abandonó. Como general prudente, juzgó pernicioso perder su fama empeñándose en guardar lo que no tenía defensa, y prefirió dejarlo á discreción del enemigo, como cosa que se abandona. Cuando los romanos se vieron en tan gran apuro después de la derrota de Canas, negáronse á auxiliar á muchos de sus aliados y súbditos, recomendándoles que se defendieran lo mejor que pudiesen. Dicha determinación es preferible á la de intentar defensas y no poder realizarlas, porque en este caso se pierden amigos y fuerza, y en aquél solamente amigos.

Volviendo á las escaramuzas, digo que si un general se ve obligado á intentar algunas contra un enemigo nuevo, debe hacerlo en condiciones tales que no tenga peligro de perderlas, ó seguir el ejemplo de Mario (que es la mejor determinación), el cual al ir contra los cimbrios, que bajaban á asolar á Italia causando terror á su paso por su barbarie, su número y el haber derrotado ya á un ejército romano, juzgó necesario, antes de venir con ellos á las manos, hacer algo para desvanecer el

temor que inspiraban á sus soldados, y como experimentado general situó su ejército en lugar por donde el de los cimbrios había de pasar, para que, parapetados en sus atrincheramientos, pudieran los romanos verles, acostumbrándose á mirar cara á cara al enemigo, y enterándose de que era una multitud desordenada, con enorme impedimenta, desarmada en parte y en parte mal armada, cuyo espectáculo habia de tranquilizarles y hacerles desear la batalla. Esta hábil determinación de Mario deben imitarla otros para no exponerse al peligro antes mencionado y no hacer lo que los galos, *qui ob rem parvi ponderis trepidi, in Tiburtem agrum et in Campaniam transierunt* (1).

Puesto que hemos citado las frases de Valerio Corvino, quiero mostrar con sus palabras en el capítulo siguiente lo que debe ser un general.

CAPÍTULO XXXVIII

Cualidades que debe tener un general para inspirar confianza á su ejército.

Enviado Valerio Corvino con un ejército, según hemos dicho, contra los samnitas, enemigos nuevos del pueblo romano, para infundir confianza á sus soldados y hacerles conocer al adversario, empeñó algunas escaramuzas; y además quiso arengarles antes de la batalla, mostrándoles eficazmente el poco aprecio que se debía hacer de tales enemigos, dado el valor de sus soldados y el suyo propio. Las palabras que Tito Livio pone

(1) A quienes el temor producido por tan pequeña causa les hizo retirarse del lado de Tibur y á la Campania.

en su boca explican las condiciones que debe tener un general para inspirar confianza á sus tropas; dicen así: *Tum etiam intueri cujus ductu auspicioque ineunda pugna sit: utrum qui audiendus dumtaxat magnificus adhortator sit, verbis tantum ferax, operum militarium capers; an qui, et ipse tela tractare, procedere ante signa, versari media in mole pugnae sciat. Facta mea, non dicta vos milites sequi volo; nec disciplinam modo, sed exemplum etiam á me petere, qui hac dextra mihi tres consulatus, summamque laudem peperí* (1).

Estas palabras, bien comprendidas, enseñan las cualidades necesarias para ser buen general, y á los que carezcan de ellas, si la fortuna ó la ambición les lleva á desempeñar dicho cargo, en vez de honor le ocasionará desprestigio; porque no son los títulos los que honran á los hombres, sino éstos á los títulos.

Téngase también en cuenta que, si como hemos dicho al principio de este capítulo, los grandes capitanes han empleado medios extraordinarios para inspirar confianza á un ejército de veteranos frente á un enemigo desconocido, con mayor razón deben emplearse cuando se manda un ejército de bisoños que no ha visto la cara al adversario; porque si el enemigo nuevo infunde temor á tropas veteranas, con mayor motivo debe infundirlo á un ejército de reclutas cualquier otro con quien haya de medir sus armas.

Sin embargo, no pocas veces se ha visto á buenos

(1) Mirad, además, bajo qué dirección y con qué auspicios se empeña la lucha; si el jefe no es más que un brillante orador, bueno sólo para ser oído, bravo solo en palabras, inexperto en la guerra, ó es hombre que sabe manejar las armas, marchar al frente de las banderas, meterse donde más empeñada es la lucha. Mis hechos, y no mis palabras, quiero que imitéis. No me pidáis solamente órdenes, sino también ejemplos. Por este brazo mío he obtenido tres consulados y toda mi gloria.

generales vencer todas estas dificultades con suma prudencia, como lo hicieron el romano Gracco y el tebano Epaminondas, de quienes hemos hablado anteriormente, y que con tropas bisoñas vencieron soldados veteranos y ejercitadísimos. Para ello les adiestraban durante algunos meses en combates simulados, acostumbrándolos á la obediencia y al orden, y después los empeñaban con la mayor confianza en las verdaderas batallas. Ningún general debe desconfiar de tener buen ejército cuando no le falten hombres. El príncipe que tiene muchos hombres y carece de soldados, debe atribuirlo, no á la cobardía de los hombres, sino á su indolencia y falta de habilidad.

CAPÍTULO XXXIX

El general debe conocer el terreno donde opera con su ejército.

Necesita entre otros conocimientos un general de ejército el de la comarca donde opera y conocerla detalladamente, porque sin ello no puede intentar cosa alguna de provecho. Si en todas las ciencias es indispensable la práctica para saberlas bien, ésta exige práctica grandísima, y el conocimiento detallado de los terrenos se adquiere mejor con la caza que con ningún otro ejercicio; por eso dicen los antiguos escritores que los héroes que gobernaron entonces el mundo se educaban en los bosques y en la caza. Esta ocupación, además del detalle del terreno, enseña infinitas cosas que en la guerra son necesarias.

Refiere Xenofonte en la vida de Cyro que, estando éste para atacar al rey de Armenia, hablaba con los que

le seguían de la próxima batalla, y les decía iba á ser como una de las cacerías que con frecuencia habían hecho juntos. Comparaba á los destinados á emboscarse en los montes con los cazadores que ponían las redes, y á los que debían recorrer la llanura con los ojeadores que levantan las reses de sus guaridas para que den en las redes. Citase este ejemplo á fin de demostrar cuánto la caza, según Xenofonte, se parece á la guerra; por lo cual es para los grandes hombres ejercicio honroso y necesario, y el mejor y más cómodo para adquirir el conocimiento de los terrenos, porque les obliga á saber detalladamente la comarca donde se ejercitan, y, bien familiarizados con ella, con facilidad conocen otras regiones, porque todas en conjunto y en detalle tienen alguna semejanza, y la práctica adquirida en una sirve para las demás.

Pero el que no la adquiere bien en una región, difícilmente y sólo después de largo tiempo se entera de otra. Quien, al contrario, tiene esta práctica, con una mirada comprende la posición de llanuras y montañas, la extensión de un valle y todo lo demás que ha observado en otros parajes. La verdad de esta afirmación la demuestra Tito Livio con el ejemplo de Publio Decio. Era tribuno militar en el ejército que el cónsul Cornelio mandaba en la guerra contra los samnitas, y estando el cónsul metido en un valle donde los romanos podían ser fácilmente encerrados por los samnitas, al verse en tanto peligro, le dijo Decio: *¿Vides tu, Aulo Cornelio, cacumen illud supra hostem? ara illa est spei salutisque nostræ, si eam (quoniam ceci reliquere Samnites) impigre capimus* (1). Y antes de referir estas palabras

(1) ¿Ves, Aulo Cornelio, aquella altura sobre el campo enemigo? Allí esta la esperanza de nuestra salvación si la ocupamos pronto, ya que los samnitas cometen la torpeza de no apoderarse de ella.